
Dos poemas

Eduardo Milán

¿Quién es? ¿Usted, usted es?
¿Usted es esa sombra en el medio
del tedio, toda la intemperie para usted,
usted el que tocó? ¿Y por qué ha tocado
aquí y no al lado, por qué en la amarilla
de amar y no en la verde de ver? ¿O ha tocado
para ser y ser es sin color, simplemente, sólo ser?
¿O ha, natural, natural? Tocó el enigma,
el cisma entre ella y no ella, el cisma actual
entre el cisne y el enigma, actual, muy personal.
Ser es tocar, serpiente —piénsala— es tocar,
pensamiento es tocar la flor pensamiento. Y diré,
la piel diré, repetiré que la piel piensa.

Miento, encanto, viento en contra
de todo lo que tengas que decir:
nada, nada. Y en el monte nada.
Y un nudo en la garganta del que no.
"No", dicen los siglos invisibles, sigilosos
e invisibles. Prudentes: van siempre por debajo
como sables. Nunca por encima como proas.
Me gusta proa. El hombre se obliga a detenerse
frente a algo que le gusta, vivir es detenerse,
comprar helados. Con proa uno podría comprometerse,
dos se casarían, empezaría la loa, la loba de la loa
que amamanta a sus loftos, amamanta es otra.
Empezarían el pez y el pie, elige uno, elijo la elegía.
Y no habría que explicar por qué aquel monte está
allí encima. Y la nada aceptada porque sí, hermosa
la bella, no por vacía ni por otra cosa.